

de buena política; porque prescindiendo de que la Francia había contribuido más que la Inglaterra a la toma de Sebastopol, empezaban con esta toma las divergencias entre los intereses de estas dos naciones. No pudiéndose lisonjear los ingleses con la esperanza de quedarse ellos solos con Sebastopol, lo cual, sin embargo, no sería del todo imposible en alguna época futura, la destrucción de esta fortaleza marítima entraba decididamente en el interés de Inglaterra; pero en aquellos momentos Inglaterra no podía hacer oposición a la Francia en tales asuntos, de suerte que el consejo de ministros de Londres, no solamente admitió como bueno el plan de Napoleón, sino que lord Palmerston hasta le calificó de admirable; y desde entonces quedó mucho más justificada la antigua idea de Napoleón III de ocupar a Simferopol, con la cual tanto había molestado a Pelissier. Mas adelante, sin embargo, se manifestaron las verdaderas intenciones de Inglaterra con la mayor claridad cuando insistió en la destrucción de cuanto había quedado entero todavía en Sebastopol, consiguiendo que fuesen volados los fuertes de Nicolás y de Alejandro y los cuarteles, y que se destruyeran igualmente los muelles con sus diques admirables.

Pelissier, que después de la toma de Malakoff había recibido el bastón de mariscal, concedido igualmente a Canrobert y Bosquet, y que obtuvo además el título de duque de Malakoff, manifestó su convicción de que la continuación de los aliados en las posiciones conquistadas vencería a los rusos con más seguridad que ataques atrevidos; y mientras que Niel continuaba como antes siendo partidario de operaciones ofensivas ulteriores, solo quiso consentir en un aumento de la guarnición de Eupatoria y en un cambio de posición a orillas del Chernaia, todo lo cual tenía un carácter más defensivo que ofensivo.

En Inglaterra no estaban conformes con la opinión de Pelissier, y se deseaba una rápida expedición contra Cafá y la toma de los almacenes de Carasa-bazar, al Nordeste de Simferopol; mas el mariscal Vaillant se opuso con decisión a la conquista de Carasa-bazar, y la expedición contra Cafá fué rechazada por un consejo de guerra que se celebró en la misma Crimea. El general Allonville, que mandaba los refuerzos destinados a Eupatoria, sorprendió en 29 de setiembre al general Korff cerca de la aldea de Kanhil y le derrotó, quedando en poder de los franceses 160 prisioneros y 250 caballos. Después fué aumentada la fuerza de Allonville con toda una división de infantería francesa y una brigada de caballería.

Conforme a los planes de Napoleón III, los ejércitos aliados recibieron tanto de Londres como de París la orden de apoderarse de Kinburn, situada en la desembocadura del Dnieper. Esta fortaleza y las fortificaciones de Orchakoff, situadas enfrente, defendían el golfo en el cual desemboca, además del Dnieper, el río Ingur. Fué encargado de la expedición el general Bazaine, a cuyas órdenes se hallaban la brigada Wimpffen y la inglesa de Spencer. Estas brigadas reunidas contaban 8,500 hombres, que fueron embarcados en buques mandados por los almirantes Bruat y Lyons, los cuales habían mandado también los buques que llevaron la expedición al mar de Azoff. Esta vez los dos almirantes tomaron sus disposiciones para hacer creer a los rusos que la nueva expedición se dirigía contra Odesa. Después de un desembarque muy trabajoso abrieron el fuego sobre Kinburn el 17 de octubre, y habían empezado a abrir trincheras cuando a las cuatro horas y media de fuego se rindió el general Kohanowitz, comandante de Kinburn, y el comandante ruso de las fortificaciones de Orchakoff las voló. Los aliados, dueños ya de Kinburn, dejaron allí una pequeña guarnición y una sección de buques.

Alejandro II, que dominando su pesar y decepción se había trasladado a Nicolaieff y de allí a Crimea, trató muy benignamente, siguiendo el ejemplo de su padre, a sus generales infortunados, y en especial al príncipe Miguel Gortschakoff, y publicó una orden del día dirigida a éste y redactada en términos a propósito para sostener el valor del ejército ruso. En Nicolaieff se había discutido en presencia del emperador la cuestión de abandonar completamente la Crimea, a lo cual se dispuso Gortschakoff con gran decisión, lo que le honró mucho; pero a pesar de esto, en 8 de enero de 1856 fué nombrado en lugar suyo el general Luders general en jefe del ejército del Sur y de todas las fuerzas terrestres y marítimas de Crimea, pasando Gortschakoff a encargarse del mando en jefe del ejército del Oeste.

El gobierno inglés sustituyó con el general Codrington al general Simpson, que había sido infortunado en el ataque del gran Rediente. Para hacer entrar a Napoleón III en las ideas del gabinete inglés, pasó el duque de Cambridge a París y se alojó en las Tullerías. Su misión era proponer que fuesen llamados a París los generales en jefe de los ejércitos y escuadras de Crimea para celebrar un consejo de guerra general en el cual se discutiría el plan ulterior de campaña. El emperador francés estaba ya a punto de acceder cuando su ministro de la Guerra, lleno de indignación, le observó que al aceptar la idea inglesa manifestaría a los ojos del mundo entero su indecisión después de la victoria. Le parecía más prudente enviar a Crimea una persona a propósito, que en su opinión podría ser el mismo duque de Cambridge; mas esto no gustó al emperador, el cual al rechazar la idea quizás obedeció a alguna reminiscencia de su proyectado y no efectuado viaje a Crimea.

El tiempo probó la razón que había tenido Pelissier para oponerse a los planes de Napoleón III, que quería a la sazón que se ocupara la orilla izquierda del Dnieper y se continuara allí hasta que los rusos hubiesen evacuado la Crimea, ó de no hacerlo así que se tomara a Nicolaieff. Aunque no fuese por otras razones, no había que pensar en semejante empresa, contra la cual se opuso también Pelissier alegando consideraciones puramente territoriales, y en cambio propuso que los franceses ocupasen solos la península del Quersoneso, cubriendo los piemonteses a Balaclava, conservando los ingleses en unión con los turcos la plaza de Kerch y marchando el resto contra Cutais y Tiflis. Mientras la Rusia estuviese de esta manera bloqueada debía revolucionarse la Circasia, defenderse la frontera turco-asiática y amenazarse a la Rusia en su frontera persa. A este proyecto contestó Vaillant que la Inglaterra jamás accedería a semejante separación de fuerzas; que pedía una indemnización en la misma Crimea y que él comprendía perfectamente este deseo.

Durante estas negociaciones estériles, aunque instructivas para la historia, la Francia y la Inglaterra continuaron aumentando sus fuerzas en la Crimea en lugar de disminuirlas. El ejército francés recibió una dozada división, con la cual llegó su fuerza en otoño de 1855 a 147,000 hombres, siendo su material de guerra propio, junto con el conquistado a la Rusia, verdaderamente inmenso, de lo cual puede formarse una idea sabiendo que en un solo punto, en el llamado almacén de los Molinos, volaron en 15 de noviembre por un motivo inexplicable 50,000 kilogramos de pólvora, 4,000 proyectiles, 600,000 cartuchos y otro material de guerra, y gracias que una torre vieja de las inmediaciones resistió merced a sus gruesos muros, porque contenía doble cantidad de pólvora. En esta ocasión fueron muertos y heridos un grandísimo número de soldados y oficiales franceses é ingleses.

Omer-Bajá, que como dijimos en su lugar había pasado a Constantinopla con el deseo, fuese por ambición ó por otro

motivo, de ir al auxilio del ejército turco en Asia, consiguió su propósito; derrotó junto al río fronterizo Ingur a un cuerpo ruso de 10,000 hombres y pasó luego el citado río. Pero al llegar cerca de Cutais se vió obligado a retroceder ante las fuerzas rusas. El general Murawieff se había propuesto conquistar a Erzerum, pero se dirigió al fin contra Kars. En esta plaza se defendió heroicamente el general turco Williams, de origen inglés, al cual no pudo socorrer Omer-Bajá; por manera que la guarnición, no pudiendo resistir por más tiempo el hambre, se rindió con su comandante en 28 de noviembre al general Murawieff. Esta victoria, la única de resultados positivos que los rusos obtuvieron durante toda la guerra, hizo más accesible al gobierno ruso a las negociaciones de paz, si bien contribuyeron a este espíritu conciliador algunos otros acontecimientos diplomáticos, entre ellos el tratado de alianza defensiva firmado el 21 de noviembre de 1855 entre Francia é Inglaterra por una parte y la Suecia por otra contra la Rusia. En este tratado las citadas potencias garantizaban la integridad del reino sueco, y su objeto fué explicado a las demás potencias en un despacho del ministro sueco del 18 de diciembre. El gobierno sueco no quiso entrar en otros pactos, para los cuales se trataba de enviar a Estokolmo al general Canrobert (1). También se entablaron negociaciones con Dinamarca, pero fracasaron. En vista de este fracaso, Napoleón III dió esperanzas a la Prusia de adquirir el ducado de Holstein; pero la Prusia no quiso entrar en tratos con la Francia sobre este asunto.

En el año 1855 llegó a su fin una de las guerras más sangrientas de los tiempos modernos. «La historia nos enseña que los escitas, de los cuales descienden los sármatas ó eslavos, habitaron la península táurica, la actual Crimea; y este pueblo desde los tiempos más remotos era conocido como enemigo de todos los pueblos más civilizados, habiéndonos conservado los poetas griegos respecto de esta enemistad la hermosa leyenda de la milagrosa salvación de Ifigenia en la Táuride, donde se practicaban sacrificios humanos.» Esta costumbre bárbara expuso a la sacerdotisa de Diana al peligro de matar a su hermano, lo cual simbólicamente figuró la guerra fratricida en el concepto de que todos los hombres son hermanos. La guerra reciente de Crimea ha sido otro sacrificio humano, pero más milagroso que el de Ifigenia, porque tuvo por resultado el vencimiento del antiguo espíritu escita, que dominó en aquel país muchos miles de años.

## CAPITULO XIX

## LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

Disposición pacífica en Francia y Rusia. — Negociaciones oficiales y extra-oficiales. — La Francia quiere ventajas especiales para sí en caso que la guerra continúe y pretende restablecer por lo pronto la Polonia en los límites de los tratados de 1815. — Los papeles del conde de Morny y del barón de Seebach. — El ultimatum franco-austriaco y las modificaciones hechas en él. — Misión del barón Seebach en San Petersburgo. — Contra-proposiciones de Rusia, a las cuales contesta el Austria con la ruptura de las relaciones diplomáticas. — Las proposiciones de Seebach son rechazadas también por la Inglaterra. — Reflexiones convincentes de Federico Guillermo IV para inducir al emperador Alejandro al restablecimiento de la paz. — Se resuelve la paz en un consejo extraordinario de la corte de San Petersburgo. — Constitución de este consejo imperial. — Espíritu belicoso en Inglaterra en vista de la aceptación del ultimatum por la Rusia y aumento de las exigencias de lord Palmerston. — La Rusia cifra toda su esperanza solo en la generosidad de Napoleón III y propone para las conferencias la ciudad de París. — Descontento de Cavour.

A pesar de la diversidad de intereses entre las diferentes

(1) Sobre las relaciones que existían entre la Rusia y la Suecia y en general la Escandinavia, véase la obra de G. Lallerstedt: *La Scandinavia, sus cráintes. et ses espérances*, París, 1856.

potencias, hubo después de la caída de Sebastopol un cambio general de opinión en favor de la paz. Durante la guerra misma se había podido observar que entre rusos y franceses no existía verdadero odio, pues en ambas naciones, tanto en los campamentos como en los círculos diplomáticos y políticos, existía una especie de convicción de que Rusia y Francia enfrente del poder inglés eran en el fondo amigas; y de que si la Rusia, apoyada por la neutralidad de Francia, podría aniquilar a la Turquía, en cambio podría facilitar a la Francia el aumento de su territorio a expensas de Alemania. Al lado de las negociaciones oficiales había otras extra-oficiales. En todas figuraba Napoleón III en primer lugar, queriendo por una parte continuar fiel a la alianza hecha con Inglaterra, y por otra alcanzar ventajas especiales si la guerra continuara, pues que en este caso tendría la Francia que aprontar más tropas que Inglaterra, sin que Inglaterra quisiese por esto concederle ventajas especiales. Ya cuando Drouyn de Lhuys estuvo en marzo de 1855 en Inglaterra para concertar las condiciones de paz, había propuesto el restablecimiento de Polonia, idea entonces todavía muy popular en Francia, si bien solo dentro de los límites de los tratados de 1815, sin considerar que este restablecimiento provisional había de ser un cáncer inoculado en tres grandes monarquías. Hay que tener presente que los polacos habían ofrecido el trono de su país a Luis Napoleón durante su sublevación en el año 1831. La Inglaterra vió en la citada pretensión una contradicción con el deseo de atraer a la alianza anglo-francesa a los gobiernos de Austria y de Prusia, en el caso de que fracasaran las negociaciones de paz, y en virtud de esta consideración desentendiéndose del restablecimiento de Polonia. Por una coincidencia singular, el sucesor de Drouyn de Lhuys en la embajada de Londres, el conde de Walewski, que justamente era hijo natural de Napoleón I y de una condesa polaca, propuso de nuevo al gobierno inglés el restablecimiento de Polonia, lo cual acalló quizás las reflexiones políticas respecto del Austria. La negativa repetida de Inglaterra de prohibir semejante restablecimiento inclinó el ánimo de Napoleón III más que nunca a favor de la Rusia, a pesar de que la corte rusa no había podido ver con buenos ojos la pretensión fracasada del emperador francés en favor de la Polonia. A pesar de esto las circunstancias obligaron a la Rusia a reconocer en Napoleón III un salvador, y de esta situación humillante se vengó después cuando la guerra franco-alemana.

El gabinete de San Petersburgo no quiso ser el primero en hacer proposiciones de paz, por un orgullo muy natural en una potencia tan grande, cuya situación calificó Gortschakoff diciendo muy acertadamente que en este asunto la Rusia hacía el papel de muda, pero no de sorda. Los agentes extra-oficiales en la corte francesa eran en el asunto de la paz el conde de Morny y el embajador de Sajonia en París el barón de Seebach. Morny era hermano político de Napoleón III, y por haber hecho el papel más importante en el golpe de Estado el emperador tuvo la imprudencia de permitirle llevar en su escudo de armas una hortensia. Este hombre había aprovechado su posición en el gobierno para toda clase de juegos de bolsa y otras especulaciones; así es que con estas mismas intenciones procuró cuanto pudo reunir en sus manos los hilos de las negociaciones pacíficas. Hombre poco escrupuloso, no titubeó en hacer traición a Inglaterra, y hasta a toda la empresa de la alianza, que tantos millones y vidas humanas costaba; y con la mayor tranquilidad dió a entender al príncipe Gortschakoff que en el fondo no existía odio entre Francia y Rusia, y que ambas, de continuar la guerra, solo podían salir perdiendo y trabajarían únicamente en beneficio del Austria. En su conse-

cuencia aconsejó que Rusia aceptara las condiciones relativas al mar Negro, porque «tales tratados no solían durar más que las circunstancias que los habían producido,» á lo cual añadió: «Siendo á veces la nación que ha impuesto las condiciones restrictivas, la primera que solicita el quebrantamiento de estas condiciones.» Morny no sospechaba al dar estas esperanzas á Gortschakoff, por supuesto con el consentimiento de Napoleón, de una alianza futura entre Francia y Rusia, que catorce años después había de vengarse la Rusia completando con su neutralidad la derrota de la Francia.

A medida que se hicieron más positivas las esperanzas de paz, el gobierno austriaco procuró no soltar de sus manos las negociaciones; y como sobre éstas hubo divergencias de opinión entre la Francia é Inglaterra, la Francia se entendió entretanto con el Austria, naciendo de esto el 14 de noviembre un proyecto de ultimatum que sometieron ambas potencias al gobierno moscovita, con la declaración del austriaco de que retiraría á su embajador de San Petersburgo si el citado proyecto fuese rechazado por el gobierno ruso.

El gobierno inglés, cuando le fué presentado este proyecto para que lo admitiera, sin haber contribuido á su redacción, se mostró con razón ofendido, lo que dió lugar, no solamente á explicaciones diplomáticas muy agrias, sino también á una correspondencia entre Napoleón III y la reina de Inglaterra. En esta correspondencia se manifestaron por fin claramente las pretensiones inglesas; y en 5 de diciembre se efectuó un acuerdo entre los gobiernos respectivos sobre el proyecto del ultimatum de Viena, fijando las modificaciones que debían hacerse en él. Fuera de la proposición de una modificación del mapa de Europa, rechazada por Inglaterra, y que por lo demás ni siquiera se mencionaba en el ultimatum de Viena, todas las demás eran de poca importancia, y oficialmente no existía ya un obstáculo que pudiese dar lugar á la ruptura de la alianza anglo francesa (1). El ultimatum enmendado comprendía además de las cuatro garantías conocidas ya, referentes á los principados, al Danubio, al mar Negro y á los súbditos cristianos del sultán, otro punto muy delicado, según el cual las potencias beligerantes se reservaban el derecho de imponer á la Rusia condiciones especiales «en interés europeo.» Además había introducido el Austria en la garantía respecto de los principados danubianos una adición que podía comprometer toda la obra de paz: esta adición decía: «En cambio de las fortalezas y territorios ocupados por las fuerzas aliadas, consiente la Rusia en una rectificación de su frontera turca. La frontera rectificadora arrancará de las inmediaciones de Chotyń, siguiendo la cordillera que toma la dirección Sudeste y termina junto al lago de Salzuk. La línea divisoria será fijada definitivamente en el tratado de paz y el territorio cedido por la Rusia será agregado á los principados y volverá á estar bajo la soberanía de la Puerta.»

Esta cesión territorial hubiera quitado á la Rusia las bocas del Danubio y la mitad de la Besarabia; pero aun prescindiendo de esto, la adición tenía un carácter repugnante por haber sido patrocinada por el Austria que no había tomado ninguna parte en la guerra.

Previendo el gobierno francés nuevas dificultades, tomó la resolución de enviar por su parte al barón de Seebach á San Petersburgo, independientemente del enviado austriaco conde de Esterhazy, encargado de llevar á la corte de Rusia

(1) Véase el proyecto austro-franco, con las modificaciones introducidas por el gobierno inglés, en la obra alemana de Geffcken: *Datos para la historia de la guerra de Oriente*, pág. 201.

las proposiciones enmendadas. Antes de partir el barón de Seebach á desempeñar su misión recibió Napoleón III y le habló enérgicamente en sentido de la paz, lo que después fué considerado por la Rusia como una nueva señal de que la Francia le alargaba seriamente la mano. Esterhazy, cuya partida se había ocultado á Gortschakoff, llegó á San Petersburgo el 26 de diciembre, tres días antes de la llegada del barón de Seebach. Gortschakoff se mostró indignado, pero el 11 de enero de 1856 recibió ya de su gobierno un despacho, fechado el 5 del mismo mes, en el cual la Rusia presentó contra-proposiciones, tanto más naturales cuanto que el despacho del ministro austriaco que el conde Esterhazy había llevado á San Petersburgo estaba redactado en términos tan delicados que el gobierno ruso tenía razón en no considerarlo como un ultimatum á pesar de ir acompañado del proyecto de los preliminares de paz (2).

El gobierno austriaco se presentaba en este despacho como potencia pacificadora y decía: «Habiendo sido honrado este proyecto con la aprobación de S. M. el emperador, queda usted, señor conde, encargado de presentarlo á la corte rusa para que ésta lo acepte, é instará usted para que se medite por el gobierno ruso su contenido y nos comuniquen su decisión, cuyo conocimiento nos parece de la mayor importancia para nosotros. Si, como esperamos, nuestras proposiciones encuentran una aceptación favorable, nos apresuraremos á recomendar su aceptación á las cortes de París y de Londres, manifestando al mismo tiempo la confianza que nos anima de que se servirán del derecho de imponer condiciones particulares solo en la medida del interés europeo y mientras no den origen á obstáculos serios. No nos entretendremos en exponer las consecuencias graves que podrá tener la negativa de la corte de Rusia á entrar en la senda que por segunda vez le abrimos: tal negativa atraería sobre ella una responsabilidad incalculable. Preferimos confiar en su sabiduría, y creemos en esta ocasión ser los intérpretes de los deseos y necesidades verdaderas de Europa. Concluimos apelando á los sentimientos elevados del emperador Alejandro, cuya resolución suprema decidirá la suerte de tantos millares de vidas humanas. Tenemos la firme confianza de que S. M. imperial se decidirá á lo que al parecer corresponderá á los intereses verdaderos de los pueblos y á los intereses verdaderos de la humanidad.» Estas reflexiones de una potencia que agravaba considerablemente las condiciones de paz contra la Rusia, después de haber recibido de ella importantes servicios, no pudieron producir la impresión conciliadora que causaron en cierta medida al emperador de Rusia las cartas autógrafas del rey Federico Guillermo IV. Las contra-proposiciones rusas consistieron principalmente en la oposición á la cesión del territorio de Besarabia y en la supresión del punto quinto (el del interés europeo), que en realidad no podía ser sometido á ningún cálculo. El Austria contestó con la amenaza, en caso de no ser aceptadas sus proposiciones hasta el 17 de enero, de la ruptura de las relaciones diplomáticas, con lo cual presentó realmente un *ultimatum*. Las únicas concesiones hechas por el Austria consistieron en la esperanza de obtener una frontera menos dolorosa en Besarabia y en la promesa de no pedir entre las reservas del quinto punto ninguna nueva indemnización en dinero y en territorios.

La disposición conciliadora de Napoleón III, que el barón de Seebach había dado á conocer á la corte de San Petersburgo, decidió al gobierno ruso á procurar por medio del mismo diplomático, que volvía á París, que el centro de gravedad de las negociaciones se trasladase de Viena á París,

(2) Véase todo el proyecto en la colección francesa, Teste, tomo V, páginas 38 á 40.

donde podría celebrarse una conferencia que acaso llegara á la paz inmediata. Este propósito aprobado por Napoleón III fué rechazado por el gobierno inglés como ofensivo para el Austria.

Como ya hemos dicho, no quedó el gobierno prusiano inactivo durante estas negociaciones, y entre las varias cartas autógrafas dirigidas por el rey Federico Guillermo IV al emperador Alejandro, merece ser mencionada sobre todo una de los primeros días de enero de 1856, que aunque escrita de prisa, expresaba con verdadera elocuencia los peligros que del fracaso de las negociaciones podían resultar para la Alemania y en especial para la Prusia. En esta carta manifestaba el rey de Prusia su creencia de que en Rusia no se hacían cargo de la gravedad de estos peligros y su temor de que la Francia tuviera la intención de debilitar á la Prusia. Como estas razones no eran suficientes para inducir á Rusia á la paz, alegaba el rey de Prusia en su carta otras razones que solo interesaban á Rusia. En este concepto citaba la sublevación de Polonia, cosa decidida, y los peligros que amenazaban á Cronstadt, á la escuadra rusa del Báltico y hasta á San Petersburgo. Luego decía que si se restablecía la paz ó se concertaba un armisticio entre los meses de enero y marzo, sería otra vez posible el restablecimiento de la antigua alianza de las tres potencias; que él escribía según su propio criterio, sin obedecer á insinuaciones extrañas, y que solo le guiaba el sentimiento de los deberes para con su país y el amor y amistad que profesaba al emperador, concluyendo en estos términos: «Que Dios en su misericordia guie vuestro corazón, carísimo amigo, y que sin inspirarle el deseo de la paz, porque este deseo lo tiene ya V. M. en el grado más noble, le dé la fuerza de pronunciar la palabra necesaria para restablecer esta paz. Si al Todopoderoso place llamarme de esta tierra después de haber pronunciado V. M. esta palabra de paz, cerraré los ojos dando gracias á Dios por haberme hecho entrever la aurora de un nuevo porvenir.» En vista de esta carta ninguna importancia histórica tienen accidentes oficiales posteriores, según los cuales, como ha sostenido entre otros lord Clarendon, la Prusia había aconsejado regatear las condiciones de paz; pues tales consejos no pudieron tener más objeto por parte de la Prusia que dar á la Rusia en su situación crítica no interrumpidas pruebas de amistad de la corte prusiana; y el barón de Werther obró muy cuerdatamente cuando después de haber estudiado con atención la situación general, no animó al gobierno ruso con ninguna concesión.

En 15 de enero de 1856 reunió Alejandro II un consejo extraordinario de la corona, en el cual tomaron parte el gran duque Constantino, el príncipe Dolgorukoff, los condes Orloff, Woronzoff, Kisseleff, Nesselrode, Bludoff y el barón de Meyendorff, presidiendo el consejo el mismo emperador. Nesselrode leyó una memoria en la cual recomendaba la aceptación de las duras condiciones de paz, porque se estaba en la alternativa de aceptar ó de romper las relaciones diplomáticas con el gobierno austriaco, ruptura que podía tener por consecuencia no solamente la participación del Austria en la guerra, sino también la de Alemania y Escandinavia. Verdad es, decía la memoria, que la resistencia de Rusia no está quebrantada, pero aunque continuara resistiendo, se puede formar juicio por la experiencia del resultado de una guerra defensiva en una extensión de 1,800 leguas; porque si la Rusia se viese obligada á dividir sus fuerzas en una extensión tan vasta, se presentaría débil en los puntos atacados, con la particularidad de que mientras el enemigo podría elegir los puntos de ataque, la Rusia solo podría atacarle en el Asia Menor, donde las dificultades topográficas son enormes. Por otra parte, un triunfo del enemigo podía comprometer los intereses vitales de la Rusia, cuando todo triunfo

de la Rusia solo podría dañar temporalmente al enemigo. A esto se agregaba la amenaza del Austria, si bien esta potencia, fiel á su doble papel, había declarado en Londres y en París que no podía presentarse en campaña en todo el año de 1856. Por otra parte, en un consejo de guerra verificado en París se había decidido enviar contra Batum y Trebisonda 100,000 ingleses, turcos y piemonteses, y que el grueso de la fuerza francesa conservase la Crimea y continuara al mismo tiempo la guerra en la cuenca del Danubio y en Besarabia (1). Hasta la misma Prusia, se decía en la memoria, no podría resistir, á pesar de la amistad de su soberano, y aun prescindiendo de todos estos extremos, los aliados tendrían siempre en su mano el medio de causar á la Rusia el mayor daño con el bloqueo. Así, cuanto más se aguardara, tanto más desfavorables resultarían las condiciones de paz, ya que había costado tanto trabajo el hacer consentir al gobierno inglés en los cinco puntos de garantía. Si por el contrario la Rusia aceptara, burlaría las intenciones de los enemigos, porque estos contaban con que no aceptaría, y podría esperarse la descomposición de la coalición formada por elementos contrarios. Napoleón tenía simpatías hacia la Rusia, y si ésta no aceptara la paz, el emperador francés se arrojaría para siempre en los brazos de Inglaterra, mientras si la Rusia aceptara se encargaría del papel de pacificador, y entonces tanto la Francia como la Rusia podrían dar á su política una dirección más favorable á sus intereses. Si á pesar de todo no tuviese buen éxito la obra de paz, la Rusia habría dado una nueva prueba de sus intenciones conciliadoras, echando sobre los aliados la responsabilidad de la guerra, y dando con esto motivo á los neutrales para conservarse alejados de la lucha.

Todos los miembros de este consejo extraordinario y el mismo ministro de la Guerra Dolgorukoff se expresaron en términos más ó menos elocuentes á favor de la paz, y el más belicoso, el conde de Bludoff, dijo con lágrimas en los ojos, copiando la expresión de Choiseul: «Ya que no sabemos hacer la guerra, hagamos la paz (2).» Es más que probable que el conde de Nesselrode, antes del consejo, comunicara al emperador su memoria, y se hubiera puesto con él de acuerdo sobre su actitud, aunque había presentado también á su soberano un despacho telegráfico de Gortschakoff que aconsejaba no aceptar el ultimatum y entenderse directamente con Napoleón III; pues de otra manera no se explicaría que Nesselrode no presentara en el consejo de la corona este despacho, lo que dió lugar á que el conde de Orloff después dijera á Gortschakoff que de haber conocido su despacho habría votado por la no aceptación del ultimatum, lo cual seguramente no era su opinión formal (3). Sea de esto lo que

(1) Este consejo de guerra fué probablemente el que se celebró en París el 10 de enero, y en el cual tomaron parte, bajo la presidencia del emperador, los príncipes Jerónimo y su hijo; los generales Canrobert, Bosquet, Niel y Martimprey; los almirantes Hamelin, Julien de la Graviere y Regnault; el duque de Cambridge, con los generales Airey y Jones y los almirantes Dundas y Lyons, y finalmente el general Lamarmora, el conde de Walewski y lord Cowley. En este consejo hizo el gobierno inglés un esfuerzo supremo para inducir á la Francia á la continuación de la guerra, ofreciendo aumentar su ejército de Crimea hasta 74,000 hombres. En este caso debía ser aumentado el contingente piemontés hasta 36,000 hombres, por manera que los aliados hubiesen tenido á su disposición un ejército de más de 250,000 hombres, con el cual debía conquistarse ante todo la Crimea. El gobierno francés se habría encargado también de invitar al gobierno español á facilitar un ejército auxiliar, si lo permitiese la situación interior de España.

(2) *Etude diplomatique*, tomo II, pág. 397.

(3) Jomini, probablemente á consecuencia de su posición, no se atribuyó evidentemente en su obra: *Etude diplomatique*, tomo II, pág. 389, á presentar con toda la precisión los diferentes papeles; porque de una observación de Geffcken en su obra ya citada parece resultar que Dolgorukoff en el consejo mencionado había dicho que las bajas del ejército